

# Contra el anatema de la telebasura

Vicente Domínguez

**Vicente Domínguez** es profesor de Filosofía de la Universidad de Oviedo, director de Universo Media (Festival Internacional de Cine de Gijón) y editor, entre otros libros colectivos, de *Los dominios del miedo* (2002), *Imágenes del mal* (2003) y *Tabú. La sombra de lo prohibido, innombrable y contaminante* (2004).

*There are many who argue that the decline in curiosity for knowledge, the rejection of effort, and the difficulty of concentration for children and young people in school has a very close relationship with the consumption of trash TV. Whether this extreme statement is true or not, the truth is that the attempt to understand that strange pleasure that is produced in our society from watching trash TV must inevitably take into account all of those theories which, in one way or another, explain the fascination that almost all of us feel for the tacky, the cheap and the stupid.*

**A** juzgar por las estentóreas denuncias de la telebasura, no queda más remedio que concluir algo semejante a lo que sigue: la impregnación de la televisión con basura mediática debe de manchar el cristal de la llamada, con cursilería casi insuperable, “ventana al mundo” con una suciedad tan visible y repugnante como las huellas impresas sobre un espejo de los dedos de un niño al que se le ha derretido el chocolate de la merienda en las manos, unas manchas que sacarán de quicio a cualquier progenitor neuróticamente obsesivo con la pulcritud del hogar (lo normal es que hubiera escrito “que saca de quicio a cualquier madre histérica con...”. Pero estos tiempos de corrección política no lo hace aconsejable). Y claro, donde aparece una mancha, habita el mal, como demostró extensamente Paul Ricoeur en *Finitud y culpabilidad*: “Todo mal es simbólicamente una mancha: la mancha es el ‘esquema’ primordial del mal”.<sup>1</sup>

La mancha, en tanto que epifanía del mal, desde tiempos primitivos, se ha purificado preferentemente con fuego: “The conception of fire as a destructive agent, which can be turned to account for the consumption of evil things, is so simple and obvious that it could hardly escape the minds even of the rude peasantry with whom these festivals originated”, escribió sir James Frazer en la versión abreviada de su monumental obra antropológica.<sup>2</sup> No sería propio del nivel de civilización al que hemos llegado eliminar la basura televisiva con lanzallamas en mano. Aunque en rec.arts.tv de Google he encontrado este *graffito* electrónico que, en un pavoroso encadenado *in crescendo*, sintoniza y conjuga con precisión milimétrica “infestar”, “Satanás”, “Mal”, “Televisión” y “Fuego”:

*All those shows on TV are the work of SATAN!!!  
They've been made by the devil's advocates to infest your soul with EVIL!!!  
The more TV shows you watch, the more EVIL you'll get!!!  
My advice: Burn the TV and go to church instead!!!*

En todo caso, dado que las soluciones incendiarias con fuego real no son políticamente viables en estos tiempos, la sofisma ha hecho fortuna como género retórico que apremia a la identificación, denuncia y catarsis de la basura cancerígena que infesta

---

<sup>1</sup> RICOEUR, Paul . *Finitud y culpabilidad*. Madrid: Taurus, 1969 [1960], p. 294.

<sup>2</sup> FRAZER, J. G. *The Golden Bough. A Study in Magic and Religion*. London: The Macmillan Press, 1976 [1922], p. 848.

el plasma televisivo. Y conste que el rapto médico-metafórico que acabo de padecer no viene de cepa propia: “La telebasura se encuentra hoy en un momento ascendente de su ciclo vital. Es como un cáncer, cuya metástasis tiende a invadirlo todo, o quizá como un virus informativo que, al igual que el virus informático, contamina lo que toca”. Por eso, “ha llegado el momento de que todos los agentes implicados en la actividad televisiva tomen conciencia de su responsabilidad ante la telebasura”. Toda esta verborrea (“cáncer”, “metástasis”, mejor aún, “virus informativo”, no, no es suficiente, “virus informático” contaminante, bla, bla, bla) se vierte en el “Manifiesto contra la telebasura”, suscrito el 28 de noviembre de 1997, hace justo diez años, por varios sindicatos y asociaciones cívicas. Una década después no son pocos quienes considerarán que el “cáncer” ha ganado la batalla:

Este país no se ha tomado en serio la regulación de ese sucedáneo barato del periodismo; en periodismo, como en la vida, lo barato sale caro, y ya está saliendo muy cara la telebasura. Lo impregna todo, y ha acabado impregnando el lenguaje cotidiano, y también el informativo, que uno supondría que es un grado superior del lenguaje que uno escucha por la calle. El lenguaje de la telebasura se ha instalado como un código de conducta desmesurado y deslenguado, y transita ya por la política, la comunicación, los suplementos literarios, las conversaciones con los académicos, los abogados o los taxistas. Es, podría decirse ya, un camino que no tiene retorno y que habita, impunemente, en todas las cadenas.<sup>3</sup>

43

Pero hay quien empeora el estrago, considera que la telebasura ya ha causado algo más que la degeneración del lenguaje de unas cuantas profesiones, y certifica que sus larvas han anidado y colonizado los cerebros de nuestros niños:

¿Entramos en la era de la postelevisión? ¿Una televisión especular en la que el espectador se contempla a sí mismo, transformado en un personaje casi de ficción, deformado por el espejo de lo grotesco, metamorfoseado por el esperpento en su propia caricatura? Desde esta perspectiva, ¿cómo sorprendernos de que, en la escuela, haya bajado, nos dice el Informe Pisa, la curiosidad por el saber y se manifieste un rechazo al esfuerzo y una dificultad para concentrarse? Las múltiples derivas hacia

---

<sup>3</sup> CRUZ, Juan. “Telebasura y amor”. *El País*, 6 de abril de 2007.

el cotilleo (el periodismo del rumor, de la conjetura), hacia la telerrealidad (con su simulación de intimidad), hacia el juego, la parodia, con su traducción grotesca, facilitan una huida de la realidad y fomentan una “cultura del cachondeo”: del ¿pa’ qué?, ¿qué más da? y allá ellos, reformulación posmoderna (postransición y posmovida) del carpetovetónico que me quiten lo bailao.<sup>4</sup>

Ahí está, dicho con toda claridad. La disminución de la curiosidad por el saber, el rechazo al esfuerzo y la dificultad para concentrarse de los niños y jóvenes en la escuela está producido por el consumo de telebasura. ¿De hecho, no es acaso la idea que transmite la onírica reconstrucción realizada por Gus Van Sant de la matanza del instituto de Columbine, pero extremando el alcance de las consecuencias, dramáticas y mortales entonces, porque la telebasura ingerida son documentales de exaltación de Hitler, el régimen nazi, y todo tipo de armas? Es cierto que los dos jóvenes que desencadenan su particular día de perros en el instituto donde estudian consumen a todas horas con indolencia esas poco edificantes imágenes televisivas. Pero infinitamente más ominoso que lo patente en *Elephant* (2003) es lo casi siempre ausente, y sin embargo vergonzosamente presente fuera de campo: los padres. De hecho, el único padre que vemos claramente está borracho, tan borracho que no puede conducir, así que será el hijo, un adolescente púber, el que tenga que llevar el coche. Esos jóvenes son huérfanos con padres tan vivos como transparentes o fuera de campo, están huérfanos. No creen en nada. Su nihilismo destructivo es absoluto. Vamos, como dice *Tyler Durden* en su manifestación polar de mecánico en *Fight Club*, tanto en la novela como en la película: “If you’re male and you’re Christian and living in America, your father is your model for God. And if you never know your father, if your father bails out or dies or is never at home, what do you believe about God?”<sup>5</sup> ¿Telebasura o una basura de padres? Y, en todo caso, ¿cómo vincular, con un mínimo de seriedad, el grado de violencia de una sociedad con la cantidad de violencia audiovisual que consume cuando es un dato constatado, por ejemplo, que la delincuencia juvenil en la década de los ochenta en Estados Unidos aumentó con respecto a décadas ante-

<sup>4</sup> IMBERT, Gérard. “Telebasura: de la telerrealidad a la teleficción”. *El País*, 10 de enero de 2005.

<sup>5</sup> PALAHNIUK, Chuck. *Fight Club*. New York: Henry Holt and Company, 1996, p. 141.

riores, dándose la circunstancia de que esa juventud respiró en su infancia de finales de los sesenta y todos los setenta un ambiente audiovisual deliberadamente antiviolento inducido por la guerra de Vietnam, y causante de una autocensura exagerada, responsable, entre otras obras, de que Hulk se viera condenado a aplicar su descomunal fuerza en arrancar parachoques, derribar puertas o, como mucho, tirar al villano a la piscina?<sup>6</sup>

De todos modos, el tono apocalíptico de quienes aíslan a la telebasura como germen ineluctable y causante de toda clase de patologías sociales no hace otra cosa que colocarse a rebufo de la invectiva que hace ya más de dos milenios lanzara Platón contra los poetas (entiéndase, aedos, poetas orales). La acusación condenatoria, en términos actuales, era la de producir y difundir “telebasura”.

Sócrates: no hizo bien el que forjó la más grande invención relatada con respecto a los más venerables seres, contando cómo hizo Urano lo que le atribuye Hesíodo, y cómo Crono se vengó a su vez de él. En cuanto a las hazañas de Crono y el tratamiento que el infligió su hijo, ni aunque fueran verdad me parecería bien que se relatasen tan sin rebozo a niños no llegados aún al uso de razón (...) Jamás, ¡oh, Adimanto!, deben ser narradas en nuestra ciudad, ni se debe dar a entender a un joven oyente que, si comente los peores crímenes o castiga por cualquier procedimiento las malas acciones de su padre, no hará con ello nada extraordinario, sino solamente aquello de que han dado ejemplo los primeros y más grandes de los dioses (...) Todas cuantas teomaquias inventó Homero no es posible admitirlas en la ciudad tanto si tienen intención alegórica como si no la tienen. Porque el niño no es capaz de discernir dónde hay alegoría y dónde no y las impresiones recibidas a esa edad difícilmente se borran o desarraigan.<sup>7</sup>

No quiero insinuar ni remotamente con esto, por supuesto, que del mismo modo que hoy Homero es una de las cimas de la literatura universal, quizá dentro de dos mil años la telebasura del presente sea una cumbre de la cultura de todos los tiempos. Porque, primero, en su tiempo, el poeta griego ya era considerado unánim-

<sup>6</sup> Véase JONES, Gerard. *Matando monstruos. Por qué los niños necesitan fantasía, superhéroes y violencia imaginaria*. Barcelona: Crítica, 2002, p. 56-58.

<sup>7</sup> PLATÓN, *República*, 378 b-e. Traducción de José Manuel Pabón y Manuel Fernández Galiano. Madrid: Alianza, 1988.

memente, incluido Platón, como el más sabio de todos los griegos, pueblo que, según el filósofo ateniense, se había educado generación tras generación con su *Ilíada* y su *Odisea*. Pero, sobre todo, aunque no es éste el lugar para tratarlo con detalle, al menos quiero dejar constancia de que la crítica platónica de la poesía homérica poco tenía que ver con el hecho de que el divino aedo hubiera compuesto unos contenidos más o menos escabrosos, como ha argumentado de manera convincente Eric A. Havelock en *Preface to Plato*,<sup>8</sup> sino con el propósito del filósofo griego de legitimar un cambio de paradigma de un medio de comunicación a otro, de la oralidad a la escritura, de la palabra hablada a la palabra escrita. Porque la oralidad homérica es, fundamentalmente, un marco de comunicación donde los dioses olímpicos pronuncian, a través de la voz del aedo, palabras inamovibles, autoritarias y de obligado cumplimiento, mientras que la escritura abre el espacio de la dialéctica, de la confrontación de discursos, de la polémica en pie de igualdad, en definitiva, de la palabra diálogo que desde el centro del ágora de la *polis* sólo puede imponerse por la fuerza de la argumentación.

No obstante, debo añadir que el paralelismo entre la condena platónica de la poesía homérica y las diatribas contemporáneas contra la telebasura es mucho más estrecho que la simple coincidencia de argumentos a la hora de denigrar unos determinados productos. Y es que en ambos casos a lo que se le tiene un pavor cervical no es a los contenidos, sino al envase: la imagen. Así es, Homero, según desliza sibilinamente Platón, era ante todo, y literalmente, un fabricante de imágenes (*eidólou demiourgós*).<sup>9</sup> Es más, una prueba, acaso circunstancial, de que los contenidos, por sí mismos, no deben de ser deletéreos es el hecho de que a los heraldos del apocalipsis de la telebasura nunca se les oye bramar contra toda la porquería acumulada, conservada y transmitida en cantidades a escala *tera* por medio de la escritura, a la que Platón, por cierto, también anatematizó, aunque al tiempo escribía rollos y rollos de papiro como un poseso. En cualquier caso, hoy, con el espíritu inflamado de una *eidofobia* sin límites, se combate la imagen desde las trincheras excavadas alrededor de la sacralizada escritura y en su nombre:

---

<sup>8</sup> HAVELOCK, E. A. *Preface to Plato*. Cambridge MA: Belknap Press of Harvard University Press, 1963.

<sup>9</sup> PLATÓN, *op. cit.*, 599 d-3.

La imagen mata a la imaginación, y más con sus actuales formas de invasión total de la percepción, en muchos casos durante varias horas al día (...) Ahora la narrativa visual se vive pasivamente, y en invasión completa, sin dejar zonas vacías en nuestra percepción visual y sonora, ni borrosidades que precisar a nuestro cargo (...) Sólo conserva plena justificación aquella literatura que no tendría sentido presentar en medio audiovisual.

Tras estas palabras viene el colofón de la monumental y excelente *Historia de la Literatura Universal* de Martín de Riquer y José María Valverde.

Por supuesto, la telebasura es, indudablemente, basura. Aunque sería más exacto decir que es imitación de basura. Quizá ahí radique el disfrute, casi siempre inconfesable, que sin duda produce su contemplación, por pura naturaleza humana, a millones de personas. Es decir, seguimos presos del insondable enigma de la *mimesis*, tal como lo expresó Aristóteles en su *Poética*:

Imitar es, en efecto, algo connatural al hombre desde la infancia y en esto se diferencia de los demás animales, en que es sumamente apto para la imitación y adquiere sus primeros conocimientos imitando; y también le es connatural el hecho de que todos se complacen en las imitaciones. Prueba de ello es lo que ocurre en la práctica: cosas que en sí mismas vemos con desagrado, sus imágenes realizadas con máxima exactitud las contemplamos gozosos, como ocurre, por ejemplo, con las formas de los animales más repulsivos o con cadáveres.<sup>10</sup>

---

 47

No obstante, en el intento de comprender el placer que produce la contemplación de telebasura, también debe tenerse en cuenta la “teoría de la fascinación por lo cutre”, de Pepe Colubi, que no ha desarrollado extensamente, pero que se explica suficientemente con su propio enunciado.

De todas formas, los supuestos efectos perniciosos de la telebasura tendrán que demostrarse con algo más que tenebrosas palabras salidas de una diestra pluma literaria. Porque, por el momento, lo que sí está científicamente probado, de sobra, es que educaciones domésticas caóticas y entornos familiares desestructurados (alcohol,

---

<sup>10</sup> ARISTÓTELES. *Poética*. Introducción, traducción, notas y comentario de Antonio López Eire; epílogo de James J. Murphy. Madrid: Istmo, 2002, 1.448 b 2 y ss.

violencia, etc.) garantizan, casi siempre, la chabacanería, la falta de civismo, la inmoralidad y la estupidez, además, por supuesto, de ser la causa de la disminución de la curiosidad por el saber, el rechazo al esfuerzo y la dificultad para concentrarse de los niños y jóvenes en la escuela. Quienes se dedican a la enseñanza en primaria y secundaria, están hartos de que los padres, airadamente, les pregunten a la cara y en cualquier sección de cartas al director, que qué hacen con sus hijos en vacaciones o los días festivos escolares o en puentes. La respuesta debería ser siempre la misma: haberlo pensado bien antes de tenerlos o haberse abstenido, lo que no implica, naturalmente, negar las dificultades que supone para cualquier familia donde ambos progenitores trabajan el organizar la vida cotidiana cuando los hijos aún pequeños se quedan de vacaciones. Aunque también se puede mencionar la vergonzosa satanización que se inflige a los libros de texto, y por extensión a cualquier libro, cuando los políticos, por puro populismo, proponen y promueven su gratuidad. Luego, gracias al ahorro en tan repugnante gasto, y poniendo un poco más, se le podrá comprar al chiquillo unas fosforescentes zapatillas deportivas o la familia podrá pagar con desahogo las entradas del parque temático de turno durante las vacaciones. Dense todas las becas necesarias para la compra de libros. Pero que no se colabore con la consolidación de la idea funesta de que el gasto de dinero en libros escolares es una calamidad o casi una de las siete plagas, cosa que se hace desde el momento en el que se decreta su gratuidad. Porque todo lo que sale gratis ni se aprecia ni se valora. Lo otro, pura demagogia, en los dos únicos sentidos de esta palabra tan mal utilizada habitualmente.

48

En todo caso, no debe olvidarse que la telebasura es, esencialmente, “contenido”. Por tanto, desde la perspectiva macluhaniana en la que me muevo desde hace un tiempo (puedo imaginarme las muecas de muchos colegas, pero yo, impertérrito), los efectos de la telebasura deberían enfocarse de nuevo, y, quizá entonces pueda evaluarse con más precisión sus efectos reales. Porque, como dicen Marshall McLuhan y Quentin Fiore en *El medio es el masaje. Un inventario de efectos*, “las sociedades siempre han sido moldeadas más por la índole de los medios con que se comunican los hombres que por el contenido mismo de la comunicación”.<sup>11</sup> O, con más precisión, McLuhan solo en *Understanding Media*:

---

<sup>11</sup> MCLUHAN, M.; FIORE, Q. *El medio es el masaje. Un inventario de efectos*. Barcelona: Paidós, 1987.

(...) es el medio el que modela y controla la escala y forma de las asociaciones y trabajo humanos. Los contenidos o usos de estos medios son tan variados como incapaces de modelar las formas de asociación humana. En realidad, lo más típico es que los “contenidos” de cualquier medio nos impidan ver su carácter.

Y un poco más adelante:

Nuestra respuesta convencional a todos los medios, de que lo que cuenta es cómo se utilizan, es la postura embotada del idiota tecnológico. Porque el “contenido” de un medio es como el apetitoso trozo de carne que se lleva el ladrón para distraer al perro guardián de la mente.<sup>12</sup>

La tesis de McLuhan es bien conocida: el mensaje al que hay prestar atención de cualquier medio de comunicación es el medio mismo, su forma, no su contenido.

## BIBLIOGRAFÍA

- ARISTÓTELES. *Poética*. Introducción, traducción, notas y comentario de Antonio López Eire; epílogo de James J. Murphy. Madrid: Istmo, 2002.
- FRAZER, J. G. *The Golden Bough. A Study in Magic and Religion*. London: The Macmillan Press, 1976 [1922].
- HAVELOCK, E. A. *Preface to Plato*. Cambridge MA: Belknap Press of Harvard University Press, 1963.
- JONES, G. *Matando monstruos. Por qué los niños necesitan fantasía, súper-héroes y violencia imaginaria*. Barcelona: Crítica, 2002.
- MCLUHAN, M. *Understanding Media: The Extensions of Man*. New York: McGraw Hill, 1964.
- MCLUHAN, M.; FIORE, Q. *El medio es el mensaje. Un inventario de efectos*. Barcelona: Paidós, 1987.
- PALAHNIUK, Ch. *Fight Club*. New Cork: Henry Holt and Co., 1996.
- PLATÓN. *La República*. Trad. de José Manuel Pabón y Manuel Fernández Galiano. Madrid: Alianza, 1988.
- RICOEUR, P. *Finitud y culpabilidad*. Madrid: Taurus, 1969 [1960].

---

<sup>12</sup> MCLUHAN, M. *Understanding Media: The Extensions of Man*. New York: McGraw Hill, 1964.